

Héctor Pérez Brignoli

El Caribe y las Américas. Mundos que se mueven

El Caribe y las Américas son mundos complejos en perpetuo movimiento. Para ir más allá de esta constatación retórica necesitamos acudir a una historia de tiempos diferenciales y de espacios que se agrandan y se achican. Examinaremos el Caribe como encrucijada, como microcosmos y como frontera, para concluir con unas reflexiones sobre por qué no es posible pensar América Latina sin el Caribe y por qué es indispensable conocer América Latina para entender el Caribe. Si utilizo el Caribe en singular es solamente por comodidad; el sinónimo de uso más común en castellano, las Antillas, no existe siquiera en singular (West/Augelli 1989; Helms 1975; Hall/Pérez Brignoli 2003; Williams 1970; Carmack/Gasco/Gossen 1996).

1. El Caribe como encrucijada

Los viajes de Colón demarcaron un espacio marítimo de comunicaciones entre el Caribe y el Occidente europeo, destinado a durar más de tres siglos. A mediados del siglo XVII ese mismo espacio comenzó a expandirse hacia el Golfo de Guinea, en el África ecuatorial y se conectó enseguida con los asentamientos europeos en la costa atlántica de América del Norte. Si quisiéramos fijar en una imagen convincente ese primer espacio marítimo de comunicaciones tendríamos que comenzar por el Caribe, surcado por las flotas españolas cargadas de metales preciosos que se dirigían a Sevilla, continuar con las flotas de retorno, cargadas de mercancías europeas y pasajeros, sin olvidar, sobre todo después de 1570, las amenazas de piratas y corsarios franceses, ingleses y holandeses. Dentro ya del Caribe, los puntos neurálgicos del tráfico eran sin duda Veracruz y el istmo de Panamá, con importantes soportes adicionales en La Habana y Cartagena de Indias.

El Caribe hacia 1630. Detalle del mapa de América de W. Blaeu



El *Mediterráneo americano* conectaba así las economías regionales de los altiplanos andinos y mesoamericanos; era, a la vez, puerta de entrada europea en el Nuevo Mundo y puerta de salida de las riquezas que fluían hacia Europa. Por eso la expresión: “llave del Nuevo Mundo” (Arrate y Acosta 1964) era algo más que simple retórica poética del barroco colonial: era la constatación pragmática de que allí estaba la llave de ingreso al imperio colonial español (Castillero Calvo 1984; Chaunu 1977; Lynch 1991; Haring 1918). Las potencias enemigas de España en el contexto europeo así lo entendieron desde el puro principio, y atacaron donde más dolía: a los galeones que llevaban el tesoro y a algunos puertos importantes en el Caribe. La respuesta española fue un conjunto de fortificaciones iniciado a finales del siglo XVI, el cual resultó relativamente eficaz ya que a la postre los asentamientos holandeses, ingleses y franceses en el Caribe sólo pudieron consolidarse en zonas relativamente marginales (Haring 1966; Andrews 1984; Marx 1992; Lucena Salmoral 1992). La ocupación inglesa de Jamaica en 1655 constituye, en este sentido un ejemplo emblemático. La flota enviada por Cromwell fracasó frente a las fortificaciones de Santo Domingo y tuvo que contentarse con un destino mucho menos importante; en efecto, Jamaica era, para los españoles, un lugar secundario y por lo tanto poco defendido. En suma, el sistema defensivo del imperio colonial español fue muy efectivo y, hasta la segunda mitad

del siglo XVIII, implicó costos monetarios relativamente bajos. Durante el siglo XVII y comienzos del XVIII, la erosión del poder colonial español no ocurrió en el plano militar sino más bien en el campo económico y comercial (Lynch 1992; Macleod 1973; Romano 1993; Sandner 1985; Pares 1963; Floyd 1967; Calderón Quijano 1944). Los aspectos críticos se pueden resumir en tres palabras: contrabando, plantaciones y trata.

El contrabando se combinó primero con la piratería pero acabó sustituyéndola. Así por ejemplo, a mediados del siglo XVIII las densas redes del comercio clandestino se extendían firmemente desde Jamaica a toda la costa caribe del istmo centroamericano. *Mutatis mutandis*, lo mismo ocurría en otras zonas del imperio, como en el Río de la Plata, la costa norte de Venezuela y el Pacífico sur. La erosión, lenta pero inexorable del exclusivo colonial,¹ se fue imponiendo a lo largo del siglo XVIII y quedó consagrada a fines del mismo siglo con las reiteradas autorizaciones del comercio con los países neutrales en el contexto de las guerras de la Revolución francesa. En la consolidación del contrabando, el papel del asiento de esclavos otorgado por la corona española en favor de la Compañía inglesa de los mares del sur en 1713 (Tratados de Utrecht) fue crucial, y de poco sirvieron, más allá de una resistencia tenaz, los repetidos intentos de los Borbones para recuperar el poder perdido (Lynch 1989; Walker 1979). Como lo indiqué antes, el problema de fondo era más económico que militar y se vincula directamente al tema de las plantaciones azucareras y la trata de esclavos. Lo que cambió decisivamente al mundo colonial, y al balance del poder europeo, fue precisamente el desarrollo de las plantaciones azucareras esclavistas en el Caribe. Las redes del capital, comercial primero e industrial después, configuraron un nuevo espacio económico y marítimo en torno al Atlántico norte, conectando las plantaciones de las Antillas (Barbados, Jamaica, Antillas francesas, Haití, Cuba más tarde) con el Golfo de Guinea, los asentamientos de la Nueva Inglaterra, Quebec y Louisiana, y los puertos europeos. Fue precisamente la vertiginosa expansión de este nuevo espacio del comercio y el capital lo que facilitó el desarrollo de dos eventos mayores en la formación del mundo moderno: la independencia de los Estados

1 El exclusivo colonial se define como la prohibición, para las colonias, de comerciar con potencias distintas de la metrópoli.

Unidos (1776-1783) y la Revolución industrial inglesa (1760-1830) (Bayly 2004; Hobsbawm 1962; Alencastro 2000).

En esta perspectiva, las victorias inglesas en las guerras coloniales del siglo XVIII –en particular la guerra de los Siete Años– tuvieron como resultado mayor la virtual desaparición de Francia como potencia colonial. Las derrotas españolas, desde la caída de Portobelo en 1739 hasta la toma de La Habana en 1763 no tuvieron un efecto parecido; al final del siglo XVIII el imperio colonial español estaba territorialmente intacto aunque económicamente amenazado y erosionado.

La ruptura del mundo colonial es otro aspecto clave en nuestra visión del Caribe como una encrucijada. La Revolución de Haití (1791-1804) forma parte integral de la Revolución Francesa, en un arco de posibilidades que comprende la abolición de la esclavitud y la ruptura radical con el sistema colonial a través de la Independencia y la derrota de las tropas restauradoras enviadas por Napoleón. El fracaso posterior de la construcción de un estado nacional viable no empaña el significado profundo de la abolición en la perspectiva de los derechos humanos y la lucha anticolonial; más bien anticipa la cara oscura de la modernidad, tan propia de los extremos del siglo XX (Lepkowski 1968; Dubois 2004).

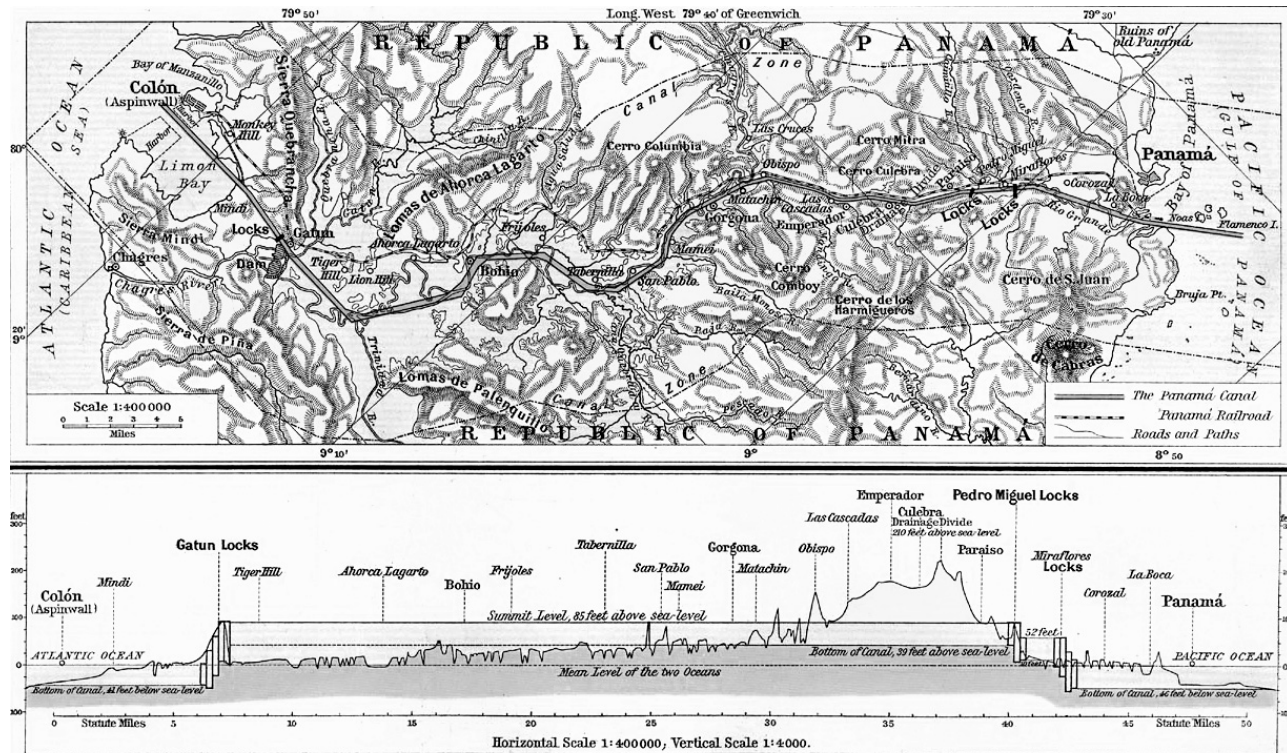
Durante el siglo XIX el tráfico interoceánico por el istmo centroamericano, aspecto geoestratégico permanente desde mediados del siglo XVI hasta mediados del siglo XVIII, volvió a la agenda de las grandes potencias ante las posibilidades efectivas de construir un canal interoceánico. Al contrapunto de las rutas (Panamá, Nicaragua e incluso el istmo de Tehuantepec) se le sumó la competencia entre las potencias interesadas. Gran Bretaña cedió el campo a los Estados Unidos luego del tratado Clayton-Bulwer (1850) mientras que los intereses financieros de Francia naufragaron en el escándalo de Panamá (1892), luego del fallido intento de Ferdinand de Lesseps de construir un canal a nivel entre ambos océanos (1881-1889). Al final, la empresa fue realizada por el gobierno de los Estados Unidos (1904-1914) en un contexto marcado por la guerra entre España y los Estados Unidos (1898) y la adquisición norteamericana de bases navales y protectorados en el Caribe y el istmo centroamericano (Conniff 1992; Castellero Calvo 1984; McCullough 1977; LaFeber 1978; Langley 1976). El mar de las Antillas se convirtió así en un lago norteamericano, tachonado por enclaves coloniales, y surcado por los barcos de las

grandes compañías bananeras. Las plantaciones bananeras, sobre todo en las costas del Caribe, desde Yucatán hasta el norte de Colombia, se sumaron así a los cañaverales de las islas. Los antiguos esclavos afroamericanos, o sus hijos, continuaron trabajando en las plantaciones, agregándose ahora también migrantes asiáticos provenientes de China, de la India y otras regiones lejanas (Kepner/Soothill 1935; Langley/Schoonover 1995; Karnes 1978; Ellis 1983; Soluri 2005).

La posición geoestratégica del canal de Panamá determinará, durante todo el siglo XX, la injerencia permanente de los Estados Unidos en Centroamérica y el Caribe. El sistema de defensa desplegado desde 1903 comprendía bases navales, enclaves como la propia *Canal Zone*, tratados con privilegios exclusivos (tratado Bryan-Chamorro 1914) y una doctrina de intervenciones militares conocida como el “corolario Roosevelt de la doctrina Monroe” cuya última manifestación, hasta el momento, ocurrió en 1989: operación *Just Cause* (Munro 1964; 1974; Watson/Tsouras 1991).

El triunfo de la Revolución cubana en 1959 y la proclamación de una república socialista, seguido de una estrecha alianza con la Unión Soviética, situaron al Caribe en una nueva encrucijada política. Ahora se trataba de la exportación de la Revolución cubana al resto de la América Latina de acuerdo con la famosa frase del Ché Guevara: “vamos a convertir la Cordillera de los Andes en una nueva Sierra Maestra”. De nuevo, el fracaso general del proyecto no empaña su significado resonante en la política latinoamericana y norteamericana de la segunda mitad del siglo XX. La Revolución sandinista y la guerra civil centroamericana en la década de 1980 fueron sin duda los últimos ecos de esta encrucijada socialista revolucionaria (Castañeda 1993; Thomas 1973; Walker 1990; Vilas 1987).

El Canal de Panamá



Fuente: Mapa y perfil altitudinal tomados de Shepherd, William R. (1911): *Historical Atlas*. New York: Henry Colt & Co., p. 216.

2. El Caribe como microcosmos

Centroamérica y el Caribe



Un vistazo al mapa político del Caribe a finales del siglo XX es la mejor ilustración posible de lo que quiero decir al hablar del Caribe como microcosmos. En las Antillas hay 13 estados independientes, 5 dependencias británicas, 4 francesas, 3 holandesas y 2 estadounidenses; en el istmo centroamericano hay 7 estados independientes, mientras que geográfica y culturalmente el Caribe se extiende hasta la Península de Yucatán (México), la costa norte de Colombia, la costa de Venezuela y las Guayanas (Guyana, Surinam y la Guayana francesa) (Blume 1974; Nietschmann 1979; West/Augelli 1989; Helms 1975; Hall/Pérez Brignoli 2003; Williams 1970; Carmack/Gasco/Gossen 1996). En el istmo centroamericano, la situación es parecida: hay 7 estados independientes y 2 estados fracasados. Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica se separaron de la Federación Centroamericana (1824-1838), heredera a su vez de la Audiencia de Guatemala; Panamá se escindió de Colombia en 1903 y Belice obtuvo su total independencia del Imperio Británico en 1981, al fin de un largo conflicto de reconocimiento con la vecina Guatemala. Dos estados intentaron constituirse en el siglo XIX sin conseguirlo: el estado de Los

Altos en el altiplano occidental de Guatemala (1847-1848) y la Mosquitia, en el Caribe nicaragüense (Hall/Pérez Brignoli 2003; Pérez Brignoli 1988). La fragmentación política es pues notable –tenemos un mundo de micro-estados– y es paralela a la diversidad étnica, cultural y lingüística. La combinación del trópico, la montaña y el mar, en territorios pequeños, genera a su vez una biodiversidad extraordinaria. Para poner sólo un ejemplo, notemos que en el caso del istmo centroamericano el Sistema de Clasificación de Zonas de Vida de Holdridge, utilizado ampliamente para el estudio de los trópicos americanos, permite identificar 20 zonas bioclimáticas diferentes para el conjunto de la región, debiendo notarse que el espectro completo de posibilidades a nivel del planeta comprende 30 zonas. A estas 20 zonas básicas hay que agregarles, naturalmente, las denominadas zonas (Pérez Brignoli 1999) de transición entre una área y otra. Así por ejemplo, un país como Costa Rica tiene 12 zonas de vida claramente diferenciadas y 7 zonas de transición. Dicho en forma más simple, el istmo centroamericano es una especie de modelo en miniatura en el cual están presentes el 66% de las zonas bioclimáticas del mundo entero (Holdridge 1967; Holdridge et al. 1971; Leonard 1987; Annis 1992).

Un rápido vistazo a las etnias y culturas de la región nos lleva a una conclusión similar. En un espacio territorial muy reducido conviven, desde tiempos y momentos muy diversos, etnias indígenas, africanas, europeas y asiáticas, cuyas mezclas y combinaciones varían al infinito. En esta perspectiva, la imagen del caleidoscopio me parece particularmente feliz.

Esta inmensa diversidad biológica, étnica, cultural y lingüística es la base que nos permite considerar al Caribe y Centroamérica como microcosmos². La diversidad, el mundo de las diferencias, constituyen, en términos vitales, un tesoro y es en esta óptica que he querido presentarlo. No podemos ocultar, sin embargo, la otra cara de la diversidad que se puede explicitar con el término de balcanización. Dividir para reinar es una vieja fórmula del poder, y en particular del colonia-

2 La imagen del caleidoscopio aparece frecuentemente en la pintura y la literatura. Entre los mejores ejemplos se destacan muchas obras del pintor cubano Wifredo Lam (1902-1982), como el famoso cuadro “La Jungla” de 1943 (pertenece a las colecciones del MOMA en Nueva York), y casi todas las obras del novelista, también cubano, Alejo Carpentier (1904-1980).

lismo, la cual ha sido aplicada, y continúa siendo aplicada, por las potencias en Centroamérica y el Caribe, al menos desde el siglo XIX. El nacionalismo como forma de resistencia hizo también su aparición a partir de la Revolución francesa y las guerras de la Independencia latinoamericana. Pero al mismo tiempo, el nacionalismo abrió trampas difíciles de sobrellevar ya que implicó tanto la fragmentación política –recuérdese la famosa frase de Sarmiento: “Centroamérica ha hecho un estado soberano de cada aldea” (Sarmiento 1896: 70)– como la invención de una nación basada en la exclusión étnica y cultural de las clases y grupos subalternos.³ Dicho de otro modo, el nacionalismo es incompatible con el caleidoscopio étnico y cultural.

2.1 El Caribe como frontera

De las encrucijadas y los microcosmos pasamos ahora a las fronteras. No me refiero aquí a las demarcaciones políticas, incluidas ya en el tema de los micro-estados, sino a las fronteras étnicas, culturales y ambientales que demarcan regiones y confines.

El Caribe avanza hasta los litorales continentales: la costa norte del Golfo de México, incluyendo la península de la Florida, Yucatán, la costa centroamericana, el norte de Sudamérica y las Guayanas. Es un ambiente de tierras bajas tropicales, pantanos, manglares, playas y bocas fluviales que prolongan el Caribe hasta las montañas. A lo largo de estos territorios costeros hay, por supuesto, muchas diferenciaciones lingüísticas, étnicas y culturales, pero, a pesar de ellas, siempre es posible reconocer los modos de vida típicos del Caribe, desde el baile y las comidas hasta las típicas casas de madera construidas sobre bases o pilares de madera para evitar las inundaciones. En este sentido, el Caribe se parece al Mediterráneo europeo porque es finalmente el mar, como lugar de tránsito, el que trae estos rasgos regionales distintivos.

Pero las fronteras no son estáticas, a lo largo del tiempo se expanden y se contraen porque expresan el movimiento de las personas, las ideas, los bienes materiales e inmateriales, las especies animales y vegetales, etc. Las regiones son conjuntos de relaciones que no tienen

3 Sobre Centroamérica, incluyendo Belice y Panamá, véanse el texto y los mapas que preparé para el capítulo 6 del Segundo Informe sobre desarrollo humano en Centroamérica y Panamá (San José; Estado de la Región, 2003).

existencia fuera del pensamiento de los actores sociales. El ejemplo de las migraciones es particularmente útil para ilustrar estos aspectos. En los siglos XVII, XVIII y XIX, la trata conecta el Caribe con África mientras que el tráfico colonial lo vincula con las metrópolis europeas y la costa este de los Estados Unidos; las transferencias humanas y materiales definen así una inmensa red triangular que respira sobre el Atlántico. Pero durante el siglo XIX este espacio se contrae y el vértice africano acaba desapareciendo con el fin definitivo de la trata luego de 1870. El mapa de las migraciones caribeñas y centroamericanas durante el siglo XX incluye conexiones dentro de la región y flujos variables de emigrantes hacia los Estados Unidos, Gran Bretaña, Holanda y Francia; en gran parte, está definido por los polos de atracción de las metrópolis coloniales. En la segunda mitad del siglo XX, estos movimientos hallan una contraparte significativa en la atracción de los *paraísos turísticos* ofrecidos a los viajeros europeos y estadounidenses.⁴

La economía de las plantaciones bananeras ofrece otro ejemplo de interés. Si superponemos, en la década de 1920, por ejemplo, las rutas del transporte marítimo con las áreas cultivadas y los puertos, descubrimos una densa red de transferencias entre Boston, Nueva York y Nueva Orleans, y las costas de Honduras, Costa Rica, Panamá, Colombia, Jamaica y la República Dominicana; treinta años más tarde, en los años 1950, ese espacio incluye también zonas en el golfo de México y en las tierras bajas del Pacífico de Costa Rica, Guatemala, Panamá y Ecuador. La amplitud del espacio así definido y la densidad de los intercambios contrasta con la relativa pequeñez territorial de las plantaciones; el mapa se ve más bien como un vasto conjunto de puntos interconectados (Kepner/Soothill 1935; Langley/Schoonover 1995; Karnes 1978; Ellis 1983; Soluri 2005; Putnam 2002).

Hemos hecho un recorrido por encrucijadas que vinculan mundos muy diferentes, microcosmos que pulverizan un espacio definido por mares, islas, istmos y penínsulas, y finalmente, fronteras que se expanden y se contraen a lo largo del tiempo. Es hora entonces de intentar un balance final mostrando por qué el Caribe es fundamental para

4 Este tema ha sido poco trabajado. Habría que seguir el ejemplo propuesto para los Estados Unidos en las obras de Meinig (1986; 1993).

poder pensar América Latina y por qué América Latina es fundamental para entender el Caribe.

2.2 Reflexiones finales

Hay por lo menos tres razones para considerar que el conocimiento del Caribe es fundamental para poder pensar América Latina en sus dimensiones históricas, geográficas, sociales y culturales. La primera es el hecho de que como encrucijada estratégica constituyó siempre un nudo esencial en la relación con las grandes potencias; como expliqué antes, hoy como ayer, este nudo gira en torno al tránsito por Panamá y su acceso naval a través del Caribe. El segundo aspecto tiene que ver con la economía de la esclavitud, las plantaciones y la trata. El noreste del Brasil estuvo tan integrado en este circuito como cualquiera de las islas del Caribe y siguió integrado al mismo, junto con Cuba, durante casi todo el siglo XIX. El tercer aspecto tiene que ver con la alteridad de las revoluciones. La revolución e independencia de Haití y la Revolución cubana constituyeron espejos de un futuro posible, aunque al fin de cuentas no realizado, para el conjunto de la América Latina. Pero la potencialidad de sus efectos tuvo amplia vigencia histórica durante muchas décadas.

¿Por qué necesitamos la perspectiva de América Latina para pensar el Caribe? El primer y más obvio argumento es porque tres de las cuatro grandes Antillas pertenecen a la América Latina, y en términos de tamaño constituyen al menos la mitad del Caribe. La segunda razón se refiere a los problemas comunes (económicos, ambientales, etc.), compartidos por ambas regiones. Una tercera razón, menos obvia, se refiere a que en ambos casos tenemos un legado histórico de estadonaciones *insuficientes*, que han violentado y siguen violentando ese magnífico caleidoscopio étnico y cultural que es, a la vez, nuestra mayor riqueza y nuestra mayor fuerza.

Bibliografía

- Alencastro, Luiz Felipe de (2000): *O Trato dos Vivente : Formação do Brasil no Atlântico Sul*. São Paulo: Companhia das Letras.
- Andrews, Kenneth R. (1984): *Trade, Plunder and Settlement. Maritime Enterprise and the Genesis of the British Empire, 1480-1630*. Cambridge: Cambridge University Press.

- Annis, Sheldon (1992): *Poverty, Natural Resources and Public Policy in Central America*. New Brunswick: Transaction Publishers.
- Arrate y Acosta, José Martín Félix de (1964): *Llave del Nuevo Mundo; Antemural de las Indias Occidentales. La Habana Descripta: Noticias de su Fundación, Aumentos y Estados*. La Habana: Comisión Nacional Cubana de la UNESCO.
- Bayly, Cristopher Alan (2004): *The Birth of the Modern World, 1780-1914: Global Connections and Comparisons. The Blackwell History of the World*. Malden: Blackwell.
- Blume, Helmut (1974): *The Caribbean Islands*. London: Longman.
- Calderón Quijano, José Antonio (1944): *Belice 1663(?)–1821. Historia de los Establecimientos Británicos del Río Valis hasta la Independencia de Hispanoamérica*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos.
- Carmack, Robert M./Gasco, Janine L./Gossen, Gary H. (eds.) (1996): *The Legacy of Mesoamerica*. Upper Saddle River: Prentice-Hall.
- Castañeda, Jorge G. (1993): *Utopia Unarmed: The Latin American Left After the Cold War*. New York: Vintage Books.
- Castillero Calvo, Alfredo (1984): *La Ruta Transistmica y las Comunicaciones Marítimas Hispánicas. Siglos XVI a XIX*. Panamá: Nari S.A.
- Chaunu, Pierre (1977): *Séville et l'Amérique, XVI^e-XVII^e siècles*. Paris: Flammarion.
- Conniff, Michael L. (1992): *Panama and the United States: The Forced Alliance*. Athen: University of Georgia Press.
- Dubois, Laurent (2004): *Avengers of the New World. The Story of the Haitian Revolution*. Cambridge: Harvard University Press.
- Ellis, Frank (1983): *Las Transnacionales del Banano en Centroamérica*. San José: EDUCA.
- Floyd, Troy S. (1967): *The Anglo-Spanish Struggle for Mosquitia*. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- Hall, Carolyn/Pérez Brignoli, Héctor (2003): *Historical Atlas of Central America*. Norman: University of Oklahoma Press.
- Haring, Clarence Harry (1918): *Trade and Navigation Between Spain and the Indies in the Time of the Hapsburgs*. Cambridge: Harvard University Press.
- (1966): *The Buccaneers in the West Indies in the XVII Century*. Hamden: Archon Books.
- Helms, Mary W. (1975): *Middle America. A Culture History of Heartland and Frontier*. Englewood Cliffs: Prentice Hall.
- Hobsbawm, Eric J. (1962): *The Age of Revolution, 1789-1848*. New York: New American Library.
- Holdridge, Leslie R. (1967): *Life Zone Ecology*. Revised Edition. San José: Tropical Science Center.
- Holdridge, Leslie R. et al. (eds.) (1971): *Forest Environments in Tropical Life Zones. A Pilot Study*. Oxford: Pergamon Press.
- Jefferys, Thomas (1780): *The West Indian Atlas, or a Comprehensive Description of the West Indies*. London: s. ed.

- Karnes, Thomas L. (1978): *Tropical Enterprise: The Standard Fruit and Steamship Company in Latin America*. Baton Rouge: Louisiana State University Press.
- Kepner, Charles David/Soothill, Jay Henry (1935): *The Banana Empire*. New York: The Vanguard Press.
- LaFeber, Walter (1978): *The Panama Canal: The Crisis in Historical Perspective*. New York: Oxford University Press.
- Langley, Lester D. (1976): *Struggle for the American Mediterranean: United States-European Rivalry in the Gulf-Caribbean 1776-1904*. Athens: University of Georgia Press.
- Langley, Lester D./Schoonover, Thomas (1995): *The Banana Men. American Mercenaries and Entrepreneurs in Central America, 1880-1930*. Lexington: The University Press of Kentucky.
- Leonard, H. Jeffrey (1987): *Recursos Naturales y Desarrollo Económico en América Central. Un Perfil Ambiental Regional*. San José: Centro Agronómico Tropical de Investigación y Enseñanza.
- Lepkowski, Tadeusz (1968): *Haiti*. La Habana: Casa de las Américas.
- Lucena Salmoral, Manuel (1992): *Piratas, bucaneros, filibusteros y corsarios en América. Perros, mendigos y otros malditos del mar*. Madrid: Mapfre.
- Lynch, John (1989): *Bourbon Spain. 1700-1808*. Oxford: Blackwell.
- (1991): *From Nation State to World Power: Spain 1516-1598*. Oxford: Blackwell.
- (1992): *The Hispanic World in Crisis and Change: 1598-1700*. Oxford: Blackwell.
- Macleod, Murdo J. (1973): *Spanish Central America. A Socioeconomic History 1520-1720*. Berkeley: University of California Press.
- Marx, Jennifer (1992): *Pirates and Privateers of the Caribbean*. Malabar: Krieger.
- McCullough, David (1977): *The Path Between the Seas: The Creation of the Panama Canal, 1870-1914*. New York: Simon & Schuster.
- Meinig, Donald W. (1986): *The Shaping of America*. Vol. 1: *Atlantic America, 1492-1800: A Geographical Perspective on 500 Years of History*. New Haven: Yale University Press.
- (1993): *The Shaping of America*. Vol. 2: *Continental America, 1800-1967: A Geographical Perspective on 500 Years of History*. New Haven: Yale University Press.
- Munro, Dana G. (1964): *Intervention and Dollar Diplomacy in the Caribbean. 1900-1921*. Princeton: Princeton University Press.
- (1974): *The United States and the Caribbean Republics 1921-1933*. Princeton: Princeton University Press.
- Nietschmann, Bernard (1979): *Caribbean Edge. The Coming of Modern Times to Isolated People and Wildlife*. Indianapolis: Bobbs-Merrill.
- Pares, Richard (1963): *War and Trade in the West Indies, 1739-1763*. London: Frank Cass.
- Pérez Brignoli, Héctor (1988): *Breve Historia de Centroamérica*. Madrid: Alianza.

- (1999): “Transformaciones del Espacio Centroamericano”. En: Romano, Ruggiero/Carmagnani, Marcello/Hernández Chaves, Alicia (eds.): *Para una Historia de América Latina II. Los Nudos (I)*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, pp. 55-93.
- Putnam, Lara (2002): *The Company they Kept: Migrants and the Politics of Gender in Caribbean Costa Rica, 1870-1960*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Romano, Ruggiero (1993): *Coyunturas opuestas. La Crisis del Siglo XVII en Europa e Hispanoamérica*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Sandner, Gerhard (1985): *Zentralamerika und der ferne karibische Westen. Konjunkturen, Krisen und Konflikte 1503-1984*. Stuttgart: Franz Steiner.
- Sarmiento, Domingo Faustino ([1850] 1896): *Argirópolis o la Capital de los Estados Confederados del Río de la Plata*. Buenos Aires: Imprenta y Litografía Mariano Moreno.
- Soluri, John (2005): *Banana Culture: Agriculture, Consumption, and Environmental Change in Honduras and the United States*. Austin: University of Texas Press.
- Thomas, Hugh (1973): *Cuba: La lucha por la libertad, 1762-1970*. México, D.F.: Grijalbo.
- Vilas, Carlos María (1987): *Perfiles de la Revolución Sandinista*. Managua: Nueva Nicaragua.
- Walker, Geoffrey J. (1979): *Política española y comercio colonial, 1700-1789*. Traducido por Jordi Beltrán. Barcelona: Ariel.
- Walker, Thomas W. (1990): *Revolution and Counterrevolution in Nicaragua: 1979-1989*. Boulder: Westview Press.
- Watson, Bruce W./Tsouras, Peter G. (eds.) (1991): *Operation Just Cause. The U.S. Intervention in Panama*. Boulder: Westview Press.
- West, Robert J./Augelli, John P. (³1989): *Middle America. Its Lands and Peoples*. Englewood Cliffs: Prentice Hall.
- Williams, Eric (1970): *From Columbus to Castro. The History of the Caribbean, 1492-1969*. New York: Harper & Row.